

7 DIAS

Si con música pudiera escribirse esta sección, hoy el Cronista lo haría con la de aquella canción: «Senyô Alcalde, senyô Alcalde, tot el poble està alarmat...» glosando el más alto tema que registró la ciudad. Mas si las solfas no sirven y si el Cronista no tiene en su voz la distinción que para el caso conviene, valga esta pequeña nota de acatamiento a quien vino y que escriba el comentario quien sea, en hablar más fino. Y pues ya tiene el Cronista su misión determinada, dejad que sin más floreos, us diguí d'una vegada que ya están los tramoyistas trasmutando el decorado, bajando las bambalinas, echando el sol para un lado y sembrando de hojas secas desde el fondo hasta el telón porque para el nuevo acto hay un cambio de estación. —¿Y el verano?— Muerto está.

El otoño lo mató cuando salía del baño. —¡No me digal!— Ved si no: Condenado a muerte estaba para el día veintidós. Las hojas son los pañuelos con los que nos dice adios (1) Los síntomas que se observan son los síntomas del coma (y esta vez sí que el Cronista no lo dice en plan de broma) tiemblan de frío las playas desnudas de piel morena y la lluvia, al punteado, dibuja sobre la arena cien mil paisajes lunares que miran la luna llena sin que los cuerpos tendidos turben su calma serena. Que aun cuando se siguen [viendo]

por las tiendas y cafés, deliciosas francesitas, señoras que hablan inglés, matrimonios alemanes e incluso algún japonés de aquellos tan amarillos y bajos, el caso es que en declinando septiem-

[bre] es cosa tradicional que la vida ciudadana cobre su aspecto normal. Ya van cerrando los ojos las tiendas de aire estival. Ya el garbí se ha despedido y el Embassy otro que tal. Ya se levantó la veda. Ya la gente come setas. Ya el cine aumentó los precios a diez y a doce pesetas.

Ya las gentes previsoras que miran el calendario han abierto los baúles, han repasado el armario, hace ya días que tienen al tinte la gabardina y han quitado del abrigo las bolas de naftalina. Ya de nuevo ha comenzado el futbol a dar que hablar. Ya han empezado las clases del nuevo curso escolar que nos trae a dos amigos (Compañó y Mossen Benet) que aquí echábamos de menos d'ans de l'any quaranta-set.

Mas... Si pudiera escribirse con música esta sección hoy aquí habría tan solo la solfa de una canción: «Senyô Alcalde, senyô Alcalde, tot el poble està alarmat...» glosando el más alto tema que registró la ciudad.

EL CRONISTA

(1) Eh? ¿Qué tal esta cuarterta?

¿Qué me dice? ¿Le gustó? Esto ya no lo mejora ni el mismísimo Cocteau.

SUSCRIPCION PRO AMBULANCIA

Suma anterior . . .	18'602
Cooperativa de consumo Rdo. Santos	
Boada y personal . . .	500
General Española de Seguros	150
Agencia Pera	100
M. C.	250
El Ocaso. S. A.	100
T. J. V.	500
D. A.	50
N. A.	25
J. Cervera	100
J. S.	5 000
	<hr/>
	25.377

ANTONIO MARTI
Antigua y Acreditada
«Casa Gareta»
La Casa de las Gabardinas y Trincheras
y de las Mantas lana de Mallorca directas de Fábrica.
Tejidos. Géneros Blancos. Géneros de Punto, Paraguas. Especialidad en Confecciones.
SAN FELIU DE GUIXOLS
Plaza España, 17

Barbería **BASART**

ficción y realidad

«EL GRAN CARNAVAL»

de **BILLY WILDER**

«El Gran Carnaval» podría ser cualquier tinglado de periodismo sensacionalista montado en torno de una tragedia humana individual. La desaprensiva rotundidad con que el periodismo informativo rinde acatamiento a los grandes titulares —y a las grandes tiradas— sin parar mientes en la verdadera dimensión humana de los problemas comentados, sino hinchando su aspecto sensacionalista y el oropel barato de la adjetivación, constituyen de por sí una buena base para hacer una película didáctica, de las que gustan a Billy Wilder.

Un periodista sin trabajo llega a un lugar apartado de Nueva Méjico, donde un temerario buscador de cacharros ha quedado apresado vivo entre los bloques de un desprendimiento, en una antigua mina india. El periodista se enfrenta con el caso, y prevé un gran reportaje superficial. Soborna al sheriff del distrito para que impida a los otros periodistas el acceso a la mina; y, lo que es peor, después de inventar para la víctima un ambiente familiar que jamás existió procura, en calidad de audaz dictador, que el salvamento del accidentado se produzca y lleve por el camino más largo, con el fin de tener él unos cuantos días más para alimentar, con sus reportajes, el hambre encanallada e irresponsable de una sociedad ahíta de sensacionalismo. Sus reportajes, publicados en un pequeño periódico, alcanzan enseguida amplia difusión. Y se organiza el gran carnaval; de todos los puntos de los Estados Unidos llegan coches de turistas a ver de cerca el gran espectáculo montado: las taladradoras, el periodista heroico, la televisión y la radio hacen de las suyas: aparece

como por arte de encatamiento un parque de atracciones. Es un desfile de la frivolidad nacional por el lugar de la catástrofe. Implacable, el periodista sigue manteniendo la farsa lacrimógena de sus reportajes, gracias a la resistencia física del enterrado en vida, mientras una sórdica y repentina relación se establece entre él y la mujer de la víctima, ser sin ninguna altura moral. Poco a poco, en sus conversaciones, —entrevius con el accidentado, se va dando cuenta de que ha ido demasiado lejos: de que el alma infantil de la víctima es más importante, en su diafanidad, que sus tinglados propagandísticos. Siente repentino asco del gran carnaval que ha montado, y en un gesto heroico final, que no le redime a él, ayuda a bien morir al que ha sido, en tanta medida, «su» víctima.

El animal despecho de la mujer acabará estúpidamente con la vida del periodista, que a última hora quiso dar lecciones de moral y de decencia.

Como toda producción de Billy y Wilder, ésta que nos ocupa rezuma un agrio y violento sabor de vida. De una vida multiforme, que cuesta apresar. La tirantez de los elementos constructivos del film es constante. Los caracteres son robustos, nerviosos, llenos de electricidad. Hay un afán de decir cosas, y de decir las zahiriendo, mediante un inteligente sarcasmo expresivo.

«El Gran Carnaval» no supera la obra maestra de Wilder «El Crepúsculo de los Dioses», pero está en su misma línea, dentro de una valiente e independiente crítica de los grandes cultivos multitudinarios yanquis, hecha, para bien nuestro, por un europeo —Wilder es austriaco— y expuesta magníficamente a través de una compleja y admirable interpretación del rubio Kirk Douglas.

J. Vallverdú A.